

Actividad 2: ¿De qué podemos estar seguros?

PROPÓSITO

Esta actividad busca que los estudiantes evalúen críticamente el origen del conocimiento a partir de argumentos dados por el racionalismo, relacionándolos con el contexto en el cual fueron elaborados y reflexionando en torno a las consecuencias que tienen dichos argumentos en lo cotidiano.

OBJETIVOS DE APRENDIZAJE

OA 4

Formular preguntas filosóficas referidas al conocimiento, la ciencia y la verdad que sean significativas para su vida, considerando conceptos y teorías epistemológicas fundamentales.

OA 2

Analizar y fundamentar diversas perspectivas filosóficas, considerando posibles relaciones con la cotidianidad, así como normas, valores, creencias y visiones de mundo de los pensadores que las desarrollaron.

OA a

Formular preguntas significativas para su vida a partir del análisis de conceptos y teorías filosóficas, poniendo en duda aquello que aparece como “cierto” o “dado” y proyectando diversas respuestas posibles.

OA b

Analizar y fundamentar problemas presentes en textos filosóficos, considerando sus supuestos, conceptos, métodos de razonamiento e implicancias en la vida cotidiana.

ACTITUDES

- Pensar con conciencia, reconociendo que los errores ofrecen oportunidades para el aprendizaje.
- Trabajar colaborativamente en la generación, desarrollo y gestión de proyectos y la resolución de problemas, integrando las diferentes ideas y puntos de vista.

Duración: 4 horas pedagógicas

DESARROLLO DE LA ACTIVIDAD

Para iniciar la actividad, los estudiantes observan imágenes o videos sobre ilusiones ópticas y/o engaños de los sentidos (ver Recursos). Luego, se reflexiona en torno a la siguiente pregunta: *si los sentidos me engañan, ¿de qué puedo estar seguro?* Los estudiantes elaboran sus respuestas a partir de sus conocimientos previos.

LA BÚSQUEDA DE CERTEZA

A partir de dicha reflexión, el profesor introduce la obra de Descartes *Meditaciones Metafísicas*, enmarcándola en la búsqueda que hace el filósofo de la respuesta a la pregunta “¿de qué puedo estar seguro?”. Es importante enmarcar la obra cartesiana en su contexto histórico, estableciendo posibles relaciones entre el contexto y el pensamiento cartesiano. Para esto el docente puede ayudar a

Conexión interdisciplinaria:

HISTORIA: Contexto de los autores [OA d]
 CIENCIAS PARA LA CIUDADANÍA: Avances tecnológicos e impacto en la sociedad [Módulo Tecnología y Sociedad OA 3]

recordar a los estudiantes lo estudiado en Historia acerca del inicio de la Modernidad, o bien usar algunos de los recursos que se ofrecen (ver Recursos).

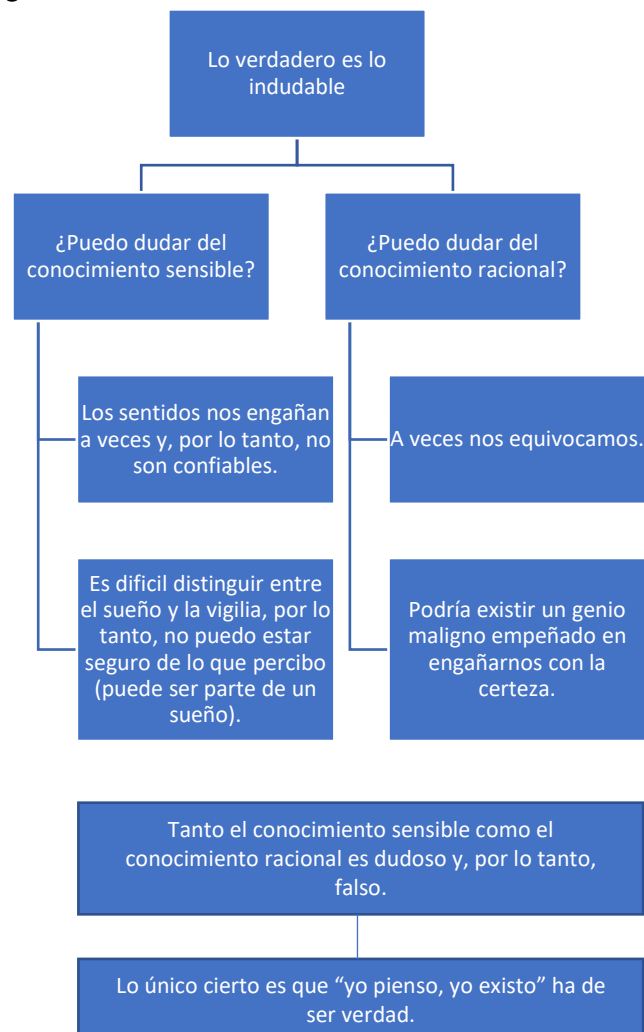
Los estudiantes se reúnen en grupos pequeños y trabajan con extracto de las *Meditaciones metafísicas*. Antes de comenzar, el profesor presenta el texto, explicitando de qué tipo es y el objetivo que tiene. Además, se adelanta al vocabulario disciplinar nuevo presente en el texto, explicando el significado de los conceptos que considere necesario.

Los alumnos leen grupalmente el extracto. Después de una primera lectura, identificando los pasos argumentativos del extracto, responden las siguientes preguntas:

- ¿Qué conocimientos pone en duda el autor?
- ¿Qué argumentos usa el autor para poner en duda cada uno de ellos?

A partir de las respuestas, los estudiantes elaboran un organizador gráfico que represente la estructura argumentativa del texto, reconociendo las razones para dudar ofrecidas por el autor y las conclusiones a las que dichas razones lo llevan.

Ejemplo de organizador gráfico:



DUDAR EN LO COTIDIANO

Para finalizar la actividad, se realiza una reflexión en conjunto de las ideas cartesianas:

- ¿Cómo afecta en el pensamiento de Descartes el contexto en el que vivió?
- ¿Qué consecuencias puede haber tenido el pensamiento cartesiano en la propia vida del autor?
- ¿Qué cosas que tenía por ciertas en mi vida resultaron no serlas?, ¿qué efectos produjo en mí darme cuenta de ello?
- ¿Qué consecuencias cotidianas tendría en nuestra vida pensar como Descartes?, ¿necesitamos en nuestra vida más certezas que “pienso, luego existo”?

ORIENTACIONES PARA LA ACTIVIDAD DE AULA

- ✓ Se propone bibliografía secundaria como extracto alternativo a las *Meditaciones metafísicas*, que el docente puede elegir utilizar considerando las necesidades e intereses de los estudiantes.
- ✓ La reflexión sobre los hechos históricos de la Modernidad se puede ampliar a que analicen hechos históricos en Chile que han llevado a cambios de visión o perspectivas. El profesor puede emplear material audiovisual para motivar la reflexión.
- ✓ Si el docente lo estima pertinente, puede asignar a cada grupo que investigue en el extracto filosófico sólo uno de los argumentos ofrecidos por el autor, para que luego, en una puesta en común, cada grupo exponga al resto el trabajo realizado.
- ✓ En la tercera parte, se recomienda al docente leer extractos o hacer referencia al extracto utilizado en la Actividad 1 de la Unidad 1 de Jorge Eduardo Rivera. Se recomienda hacer énfasis en los párrafos en donde habla sobre las preguntas y la certidumbre.
- ✓ Esta actividad podría evaluarse formativamente con los siguientes indicadores:
 - Analizan teorías epistemológicas, identificando sus argumentos y conceptos centrales.
 - Evalúan teorías epistemológicas, considerando sus consecuencias e implicancias para la vida cotidiana.

RECURSOS Y SITIOS WEB

Posibles recursos para iniciar la actividad:

- Artículo “Estas son las 10 mejores ilusiones ópticas del año (y qué nos dicen sobre nuestro cerebro)”, BBC 2018 [link: <https://www.curriculumnacional.cl/link/https://www.bbc.com/mundo/noticias-45884520>]
- Video “Los sentidos nos engañan | Difícil de creer”, Difícil de creer 2016 [link: <https://www.curriculumnacional.cl/link/https://www.youtube.com/watch?v=Y7VgCW3KlpM>]

Posibles recursos para contextualizar las Meditaciones metafísicas:

- Video “Edad Moderna en 22 Minutos: Características, Etapas y Personajes”, Lifeder Education 2019 [link: <https://www.curriculumnacional.cl/link/https://www.youtube.com/watch?v=w4W8hNNekdw>]

Texto 1

“Pero llega un momento en la historia del pensamiento humano en que la creencia en el realismo aristotélico empieza a sufrir menoscabo. [...] Los cimientos del aristotelismo van siendo cada vez más zapados por las minas que los hechos históricos y los descubrimientos particulares le imprimen al movimiento del pensamiento humano. Esos hechos históricos son principalmente tres.

En primer lugar, la destrucción de la unidad religiosa, las guerras de religión, el advenimiento al mundo del protestantismo. Las luchas entre los hombres por distintos credos religiosos hacen tambalear la fe en una verdad única que uniese a todos los participantes en la cristiandad. El hecho histórico de las guerras de religión es al mismo tiempo, como todo hecho histórico, síntoma de un cambio de actitud en los espíritus y causa de que ese cambio de actitud se haga cada vez más consciente y claro, más profundamente visible a los ojos del hombre de aquellos tiempos.

Pero además de las guerras de religión, que destruyen la creencia en la unidad o en la unicidad de la verdad, otros hechos históricos contribuyen notablemente a menoscabar la creencia en la metafísica aristotélica. Estos hechos son: en primer término, el descubrimiento de la Tierra, y en segundo término, el descubrimiento del cielo. Los hombres descubren la Tierra. Por primera vez se dan cuenta de lo que es la Tierra; por primera vez un hombre da la vuelta al mundo y demuestra por el hecho la rotundidad del planeta. Cambia esto por completo la imagen que se tenía de la realidad terrestre. Este cambio radical en la imagen que se tenía de la realidad terrestre conmueve toda la física de Aristóteles. Esta conmoción es gravísima, porque la conmoción en una parte del edificio arrastra fácilmente el resto.

Pero además de haber descubierto la Tierra, el hombre del siglo XVI descubre el cielo. El nuevo sistema planetario, que Kepler y Copérnico desenvuelven, cambia por completo también la idea que los hombres tenían de los astros y de su relación con la Tierra. La Tierra cesa ya de ser centro del universo; cesa de contener en sí el máximo de preeminencia antropomórfica; la Tierra ahora es un planeta, y no de los más grandes, con una trayectoria; es un grano de arena perdido en la inmensidad de los espacios infinitos. El sistema solar es uno de tantos sistemas de que se compone la inmensidad del cielo; y la Tierra en ese sistema solar ocupa un lugar secundario, periférico, que no es, ni mucho menos, la posición central única y privilegiada que los antiguos y Aristóteles le concedían. He aquí también, con esto, otro caso que profundamente conmueve los cimientos de la ciencia aristotélica.

Estos hechos históricos –las guerras de religión, el descubrimiento de la rotundidad del planeta, el descubrimiento de la posición de la Tierra en el universo astronómico– son otros tantos golpes terribles a la ciencia de Aristóteles. Ese sistema de conceptos que se pliegan perfectamente a la realidad, ese sistema clasificativo de conceptos que responden a las jerarquías de las esencias, empieza a resquebrajarse. Por todos lados cunde la duda; discútese; no se cree ya en él; se ha perdido la creencia en él. En este momento, puede decirse que el saber humano entra en la crisis más profunda que ha conocido. De esa crisis nace una posición completamente nueva de la filosofía”. (García Morente, M. (1996). Lecciones preliminares de filosofía. En *Obras Completas*. Madrid: Fundación Caja de Madrid. Tomo II, Vol. 1, 109-110).

Extracto de *Meditaciones metafísicas*, René Descartes:

Texto 2

“Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto, lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado aunque sólo haya sido por una sola vez. Con todo, aunque a veces los sentidos nos engañan en lo pequeño y en lo lejano, quizás hay otras cosas de las que no se puede dudar, aun cuando las recibamos por medio de los mismos, como que estoy aquí, que estoy sentado junto al fuego, que estoy vestido con un traje de invierno, que tengo este papel en las manos y cosas por el estilo. ¿Con qué razón se puede negar que estas manos y este cuerpo sean míos? [...].

Perfectamente, como si yo no fuera un hombre que suele dormir por la noche e imaginar en sueños las mismas cosas y a veces, incluso, menos verosímiles que esos desgraciados cuando están despiertos. ¡Cuán frecuentemente me hace creer el reposo nocturno lo más trivial, como que estoy aquí, que llevo puesto un traje, que estoy sentado

junto al fuego, cuando en realidad estoy echado en mi cama después de desnudarme! Pero ahora veo ese papel con los ojos abiertos, y no está adormilada esta cabeza que muevo, y consciente y sensiblemente extendiendo mi mano, puesto que un hombre dormido no lo experimentaría con tanta claridad; como si no me acordase de que he sido ya otras veces engañado en sueños por los mismos pensamientos. Cuando doy más vueltas a la cuestión, veo sin duda alguna que estar despierto no se distingue con indicio seguro del estar dormido, y me asombro de manera que el mismo estupor me confirma en la idea de que duermo.

Pues bien: soñemos, y que no sean, por tanto, verdaderos esos actos particulares; como que abrimos los ojos, que movemos la cabeza, que extendemos las manos; pensemos que quizá ni tenemos tales manos ni tal cuerpo. Sin embargo, se ha de confesar que han sido vistas durante el sueño como unas ciertas imágenes pintadas que no pudieron ser ideadas sino a la semejanza de cosas verdaderas y que, por lo tanto, estos órganos generales (los ojos, la cabeza, las manos y todo el cuerpo) existen, no como cosas imaginarias, sino verdaderas; puesto que los propios pintores, ni aun siquiera cuando intentan pintar las sirenas y los sátiros con las formas más extravagantes posibles, pueden crear una naturaleza nueva en todos los conceptos, sino que entremezclan los miembros de animales diversos; incluso si piensan algo de tal manera nuevo que nada en absoluto haya sido visto que se le parezca ciertamente, al menos deberán ser verdaderos los colores con los que se componga ese cuadro. De la misma manera, aunque estos órganos generales (los ojos, la cabeza, las manos, etc.) puedan ser imaginarios, se habrá de reconocer al menos otros verdaderos más simples y universales, de los cuales como de colores verdaderos son creadas esas imágenes de las cosas que existen en nuestro conocimiento, ya sean falsas, ya sean verdaderas.

A esta clase parece pertenecer la naturaleza corpórea en general en su extensión, al mismo tiempo que la figura de las cosas extensas. La cantidad o la magnitud y el número de las mismas, el lugar en que estén, el tiempo que duren, etc.

En consecuencia, deduciremos quizá sin errar de lo anterior que la física, la astronomía, la medicina y todas las demás disciplinas que dependen de la consideración de las cosas compuestas, son ciertamente dudosas, mientras que la aritmética, la geometría y otras de este tipo, que tratan sobre las cosas más simples y absolutamente generales, sin preocuparse de si existen en realidad en la naturaleza o no, poseen algo cierto e indudable, puesto que, ya esté dormido, ya esté despierto, dos y tres serán siempre cinco y el cuadrado no tendrá más que cuatro lados; y no parece ser posible que unas verdades tan obvias incurran en sospecha de falsedad.

No obstante, está grabada en mi mente una antigua idea; a saber: que existe un Dios que es omnipotente y que me ha creado tal como soy yo. Pero, ¿cómo puedo saber que Dios no ha hecho que no exista ni tierra, ni magnitud, ni lugar, creyendo yo saber, sin embargo, que todas esas cosas no existen de otro modo que como a mí ahora me lo parecen? ¿E incluso que, del mismo modo que yo juzgo que se equivocan algunos en lo que creen saber perfectamente, así me induce Dios a errar siempre que sumo dos y dos o numero los lados del cuadrado o realizo cualquier otra operación si es que se puede imaginar algo más fácil todavía? Pero quizá Dios no ha querido que yo me engañe de este modo, puesto que de él se dice que es sumamente bueno; ahora bien, si repugnase a su bondad haberme creado de tal suerte que siempre me equivoque, también parecería ajeno a la misma permitir que me engañe a veces; y esto último, sin embargo, no puede ser afirmado [...].

Supondré, pues, que no un Dios óptimo, fuente de la verdad, sino algún genio maligno de extremado poder e inteligencia pone todo su empeño en hacerme errar; creeré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todo lo externo no son más que engaños de sueños con los que ha puesto una celada a mi credulidad; consideraré que no tengo manos, ni ojos, ni carne, ni sangre, sino que lo debo todo a una falsa opinión mía; permaneceré, pues, asido a esta meditación y de este modo, aunque no me sea permitido conocer algo verdadero, procuraré al menos con resuelta decisión, puesto que está en mi mano, no dar fe a cosas falsas y evitar que este engañador, por fuerte y listo que sea, pueda inculcarme nada. Pero este intento está lleno de trabajo, y cierta pereza me lleva a mi vida ordinaria; como el prisionero que disfrutaba en sueños de una libertad imaginaria, cuando empieza a sospechar que estaba durmiendo, teme que se le despierte y sigue cerrando los ojos con estas dulces ilusiones, así me deslizo voluntariamente a mis antiguas creencias y me aterra el despertar, no sea que tras el plácido descanso haya de transcurrir la laboriosa velada no en alguna luz, sino entre las tinieblas inextricables de los problemas suscitados [...].

Supongo, por tanto, que todo lo que veo es falso y que nunca ha existido nada de lo que la engañosa memoria me representa; no tengo ningún sentido absolutamente: el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar son quimeras. ¿Qué es entonces lo cierto? Quizá solamente que no hay nada seguro. ¿Cómo sé que no hay nada diferente de lo que acabo de mencionar, sobre lo que no haya ni siquiera ocasión de dudar? ¿No existe algún Dios, o como quiera que le llame, que me introduce esos pensamientos? Pero, ¿por qué he de creerlo, si yo mismo puedo

ser el promotor de aquéllos? ¿Soy, por lo tanto, algo? Pero he negado que yo tenga algún sentido o algún cuerpo; dudo, sin embargo, porque, ¿qué soy en ese caso? ¿Estoy de tal manera ligado al cuerpo y a los sentidos, que no puedo existir sin ellos? Me he persuadido, empero, de que no existe nada en el mundo, ni cielo ni tierra, ni mente ni cuerpo; ¿no significa esto, en resumen, que yo no existo? Ciertamente existía si me persuadí de algo. Pero hay un no sé quién engañador sumamente poderoso, sumamente listo, que me hace errar siempre a propósito. Sin duda alguna, pues, existo yo también, si me engaña a mí; y por más que me engañe, no podrá nunca conseguir que yo no exista mientras yo siga pensando que soy algo. De manera que, una vez sopesados escrupulosamente todos los argumentos, se ha de concluir que siempre que digo "Yo soy, yo existo" o lo concibo en mi mente, necesariamente ha de ser verdad" (Descartes, R. *Meditaciones metafísicas*. Primera meditación).

Texto 3: Bibliografía secundaria

La duda metódica

Descartes no se conforma con conocimientos más o menos probables, ni aun con los que "parezcan" ciertos. En efecto, para evitar los errores, o, en términos aún más generales, las incertidumbres en que hasta ahora se ha incurrido, el radicalismo quiere alcanzar un saber absolutamente cierto, cuya *verdad* sea tan firme que esté *más allá de toda posible duda*; no que Descartes meramente busque el conocimiento verdadero, porque es obvio que nadie busca el falso, sino que busca un conocimiento *absolutamente cierto*. Descartes quiere estar absolutamente seguro de la verdad de sus conocimientos, y en plan de búsqueda radical, no puede aceptar lo dudoso, lo sospechoso de error; ni siquiera puede admitir lo dubitable, aquello en que la duda simplemente "pueda" hincarse: sino que sólo dará por válido lo que sea absolutamente cierto. [...]

El método cartesiano consiste entonces, inicialmente, en emplear la duda para ver si hay algo capaz de resistirla —aun a la duda más exagerada— y que sea, entonces, absolutamente cierto. La duda es, pues, metódica, es decir, que se la emplea como instrumento o camino para llegar a la verdad, y no para quedarse en ella, a la manera de los escépticos. [...] Es decir que deben darse por erróneas aun aquellas cosas en que pueda suponerse la más mínima posibilidad de duda, porque de tal modo procederemos, según nuestro plan, de la manera más radical, apartando vigorosamente el espíritu de todo lo que pueda engañarlo, para no aceptar más que lo absolutamente indubitable. [...] Puesto que las facultades de conocimiento no son sino los sentidos y la razón, la marcha del proceso de la duda queda trazada: se deberá hacer primero la crítica del saber sensible, y luego la del saber racional.

Crítica del saber sensible

Acerca del conocimiento sensible, Descartes apunta dos argumentos para probar que debe ser puesto en duda: el primero se funda en las ilusiones de los sentidos; el segundo, en los sueños. [...]

En efecto, si alguien manifiestamente nos ha engañado en alguna ocasión, por ejemplo en materia de negocios, sería necio fiarse de él en el futuro; la única actitud prudente será la de desconfiarle. Pues bien, cosa parecida ocurre con nuestros sentidos, pues se sabe perfectamente bien que en muchos casos nos engañan. Por lo tanto, las "cosas sensibles" resultan dudosas, no podemos saber si los sentidos no nos engañan también en todos los casos; por lo menos, *no es seguro que no nos engañen*, y, en consecuencia, según el plan que el método ha impuesto, de dar por falso todo lo dudoso, se deberá desechar el saber que los sentidos proporcionan.

Sin embargo, [...] parece que si quisiera dudar de algo tan patente como de que estoy ahora escribiendo, correría el riesgo de que se me confundiera con esos locos que, por ejemplo, creen ser reyes o generales. [...] Y así sucede que alguna vez, en sueños, me he imaginado estar como ahora despierto y escribiendo, cuando en realidad estaba dormido y acostado [...]. En efecto —y esto es aquí lo decisivo—, no tenemos (por lo menos hasta donde hemos llegado) ningún "indicio cierto", ningún "signo" seguro o criterio que nos permita establecer cuándo estamos despiertos y cuándo dormidos: no hay posibilidad ninguna de distinguir con absoluta seguridad el sueño de la vigilia.

De estos dos argumentos resulta entonces que todo conocimiento sensible es dudoso.

Crítica del conocimiento racional

Con respecto al conocimiento racional, Descartes enuncia también dos argumentos. El primero no tiene quizá gran valor teórico, no es quizá decisivo, pero sirve ya, al menos, para insinuar el segundo [...]. En la matemática, la más "racional" de las ciencias, al parecer, hay sin embargo la posibilidad de equivocarse; aun respecto de una operación relativamente sencilla, como una suma, cabe la posibilidad del error. Por tanto, cabe también la posibilidad, por más

remota que ésta sea, de que *todos* los argumentos racionales sean falaces, de que todo conocimiento racional sea falso.

El argumento anterior, sin embargo, no es todavía suficiente, porque, aun adjudicándole validez, atañe propiamente a los "razonamientos", vale decir, a los "procesos", por así decir, relativamente complejos, de nuestro pensamiento; se refiere a los procesos discursivos. Pero los razonamientos o procesos discursivos se apoyan en ciertos "principios", como, por ejemplo, que "todo objeto es idéntico a sí mismo", o "el todo es mayor que la parte". Ahora bien, estos "principios" mismos del conocimiento racional, no son conocidos de manera discursiva, sino "intuitivamente" [...]. Por lo cual Descartes entonces propone un segundo argumento, el famoso argumento del "genio maligno". [...] Puede efectivamente imaginarse que exista un genio o especie de dios, muy poderoso a la vez que muy perverso, que nos haya hecho de forma tal que siempre nos equivoquemos; que haya construido de tal manera el espíritu humano que siempre, por más seguros que estemos de dar en la verdad, caigamos sin embargo en el error; o que esté por así decir detrás de cada uno de nuestros actos o pensamientos para torcerlos deliberadamente y sumirnos en el error, haciéndonos creer, por ejemplo, que $1 + 1 = 2$, siendo ello falso. [...] Sucede entonces que también el saber racional se vuelve dudoso.

El cogito

Sin embargo, en el preciso momento en que la duda llega al extremo, se convierte en su opuesto, en conocimiento absolutamente cierto. [...] En efecto, aunque suponga que el genio maligno existe y ejerce su maléfico poder sobre mí, yo mismo tengo que existir o ser, porque de otro modo no podría siquiera ser engañado. [...] De manera que esta afirmación famosa: *cogito, ergo sum* (pienso, luego soy), no puede ya ser puesta en duda, por más que a ésta la forcemos. Por ende, nos encontramos aquí con una verdad absoluta, esto es, absolutamente cierta, absolutamente indubitable, que es justamente lo que nos habíamos propuesto buscar. (Carpio, A. *Principios de Filosofía*)